

# EL CINE ENCANTO

 **INE**  
Instituto Nacional Electoral

TEXTO DE JAIME ALFONSO SANDOVAL  
ILUSTRACIONES DE ÁNGEL CAMPOS





**JAIME ALFONSO SANDOVAL** nació en San Luis Potosí, en 1972. Estudió en el Centro Universitario de Estudios Cinematográficos de la UNAM y en la Escuela de Escritores de la SOGEM. Se ha especializado en generar obras y contenidos para niñas, niños y jóvenes. Su labor profesional lleva más de veinticinco años y abarca desde periodismo hasta guiones para la televisión de programas educativos y series de ficción.

Ha enfocado parte de su carrera en la literatura. Lleva escritas más de treinta obras y ha recibido los premios: Barco de Vapor 2006 y Gran Angular 1997 y 2001, convocados por SM y Conaculta; de Cuento FILIJ 1998; Nacional de Literatura Infantil 2001 de Castillo-Macmillan; Nacional de Novela para Jóvenes FeNal-Norma 2011, y el de la Fundación Cuatrogatos 2020, entre otros. Ha sido incluido en la Lista de Honor de IBBY en 2020. Varios de sus libros fueron seleccionados para el programa Bibliotecas de Aula de la SEP y algunos de sus títulos fueron elegidos en el catálogo de The White Ravens de la Biblioteca Internacional de la Juventud de Múnich. Ha sido miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

Algunos de sus libros se editan en Francia, Holanda, España, Colombia, Chile, Perú y Puerto Rico. Está convencido de que para conseguir un país de lectores, la infancia y la juventud es el mejor momento para construir el hábito y la pasión por la lectura.

# EL CINE ENCANTO

## Instituto Nacional Electoral

Consejera Presidenta  
Lcda. Guadalupe Taddei Zavala

Consejeras y Consejeros Electorales  
Mtro. Arturo Castillo Loza  
Norma Irene De La Cruz Magaña  
Dr. Uuc-kib Espadas Ancona  
Mtro. José Martín Fernando Faz Mora  
Carla Astrid Humphrey Jordan  
Mtra. Rita Bell López Vences  
Mtro. Jorge Montaña Ventura  
Mtra. Dania Paola Ravel Cuevas  
Mtro. Jaime Rivera Velázquez  
Mtra. Beatriz Claudia Zavala Pérez

Encargada de despacho de la Secretaría Ejecutiva  
Lcda. María Elena Cornejo Esparza

Encargado de despacho del Órgano Interno de Control  
Lic. Luis Oswaldo Peralta Rivera

Encargada de despacho de la Dirección Ejecutiva  
de Capacitación Electoral y Educación Cívica  
Mtra. Nancy Natividad Rendón Fonseca

*EL CINE ENCANTO*  
Primera edición, 2023

Texto: Jaime Alfonso Sandoval  
Ilustraciones: Ángel Campos  
Coordinación editorial: Teresa Vicencio Álvarez  
Edición: Ana Arenzana  
Investigación: María Elena Álvarez Bernal  
Corrección de estilo: Martha Elena Lucero  
Diseño gráfico y formación: Juan José Colsa

D.R. © 2023, Instituto Nacional Electoral  
Viaducto Tlalpan núm. 100, esquina Periférico Sur,  
col. Arenal Tepepan, 14610, Ciudad de México

ISBN obra completa impresa: 978-607-9218-99-7  
ISBN volumen impreso: 978-607-8870-83-7  
ISBN obra completa electrónica: 978-607-8697-42-7  
ISBN volumen electrónico: 978-607-8870-82-0

Impreso en México/*Printed in Mexico*

Distribución gratuita. Prohibida su venta

# EL CINE ENCANTO

Texto de Jaime Alfonso Sandoval  
Ilustraciones de Ángel Campos



# PRESENTACIÓN

*El Cine Encanto* es una propuesta literaria de la colección **Árbol**, que el Instituto Nacional Electoral pone al alcance de niñas, niños y personas adolescentes con la intención de difundir, de forma sencilla y amena, temas de formación ciudadana y valores democráticos, al tiempo que contribuye al desarrollo de lectores analíticos, críticos y participativos.

Como parte importante de su compromiso con México, el INE se ha propuesto contribuir a la mejora de nuestra calidad de vida como ciudadanía, con respecto a nuestra convivencia y al ejercicio de los valores democráticos.

El fenómeno de la migración que presenta nuestro país nos coloca frente al hecho contundente de que una gran cantidad de habitantes de la República mexicana tienen familiares o amistades que han emigrado. Por ello, es muy importante conocer los avances que en materia legislativa se han dado para que toda la ciudadanía del país pueda ejercer el derecho al voto, independientemente de dónde sea su lugar de residencia.

A través de esta atractiva historia, con sentido del humor y la mención de las tradiciones de nuestro país, el autor se acerca a las infancias con el fin de que se sensibilicen sobre el hecho de que quienes viven en el extranjero, pero que nacieron o tienen padres nacidos en México, pueden ejercer el derecho ciudadano al voto y no existe motivo alguno para no gozar de las prerrogativas que se establecen para la ciudadanía del país, particularmente en lo que se refiere a los derechos políticos.

Si bien esta obra está pensada para estudiantes de primaria alta, por la forma en que se aborda el tema, su lectura puede ser atractiva para personas de cualquier edad.

La parte final del libro incluye el apartado “Para reflexionar y dialogar”, con el fin de que las personas adultas, familiares y docentes puedan conversar con las y los jóvenes lectores acerca de los derechos de nuestra gente connacional en el extranjero y los avances que la ley ha tenido en esta materia. Esperamos que quien lo lea, lo disfrute.

# 1

**M**i abuelo se llama Agustín y no tiene alma. Si lo ves en la calle, parece un viejito normal (un poco gruñón). Cojea un poco al caminar pero come, toma agua, ve la tele, habla. Todo normalísimo para alguien que no tiene alma... según él.

—Me la quitaron cuando arreglé mis papeles, aquí, en California —es lo que dice—. Hice un examen, firmé un papel y de pronto ya no era mexicano. En ese tiempo no se podía tener las dos nacionalidades. Sólo era gringo.

Eso fue hace mucho, en el siglo pasado, como en 1991, yo ni había nacido.

—¿O sea que ya no vas a hablar español? —le preguntó entonces la abuela Lulú ese triste día—. ¿Y te vas a volver güero o nativo americano o qué? Yo te veo igual.

—No es eso... Pero ahora para ir a México necesito un pasaporte, ¡como si fuera extranjero! No puedo quedarme mucho tiempo allá, ni comprar una casita en Cerritos de Camécuaro... ¡el pueblo donde nací!

Faltaban varios años para que cambiara la ley y el abuelo Agustín de verdad estaba muy triste, no lo calentaba ni un buen atole. Dicen que a la abuela se le ocurrió algo. Se puso a escarbar cajones, visitó parientes, fue hasta Riverside y San Bernardino... y un día a la hora de la cena, anunció:

—Ya encontré a tu alma —puso sobre la mesa una caja de galletas—. Anda, mira.

Desconcertado, el abuelo Agustín abrió la caja. Adentro había una foto del día de su boda; otra imagen del pueblo Cerritos de Camécuaro; la receta de los huchepos, esos tamalitos tiernos; un cartelito de una película del Santo, que era un luchador antiguo, y otro de los hermanos Almada, héroes de cine de acción de México. Esto último es porque el abuelo de joven fue cácaro —así se les decía a los que proyectaban las películas en los viejos cines—, antes de que se fuera a la pisca a California. Había una foto muy bonita con mucha gente frente a un edificio que parecía un castillo de





cuento; en la fachada se veían altares adornados con flores de cempasúchil y calaveritas de azúcar. Se leía atrás: “Día de Muertos, noviembre de 1969, Cine Encanto”. Fue el día que se conocieron los abuelos, ahí comenzó su historia, la familia.

Al abuelo Agustín se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Bueno, esto es como un pedazo de mi alma —confesó.

—Entonces ya tienes algo —sonrió la abuela Lulú—. Seguro sirve.

Con el tiempo, el abuelo Agustín agregó a la caja más cosas, como un llaverito de Santa Clara del Cobre, una postal del lago de Pátzcuaro, ¡una momia de charamusca! No sé qué era pero se veía como una mano derretida. Pasaron años, los hijos crecieron, el abuelo siguió trabajando, después de la pisca entró a una empacadora de verduras. Ahí estuvo hasta que se jubiló, luego se quedó viudo (la caja le sirvió mucho esos tristes días, se quedaba horas mirando cada recuerdo). Y más tarde llegaron los



nietos que ya nacimos de este lado, en California. Como mi hermana Roselyn y yo, que me llamo Albert.

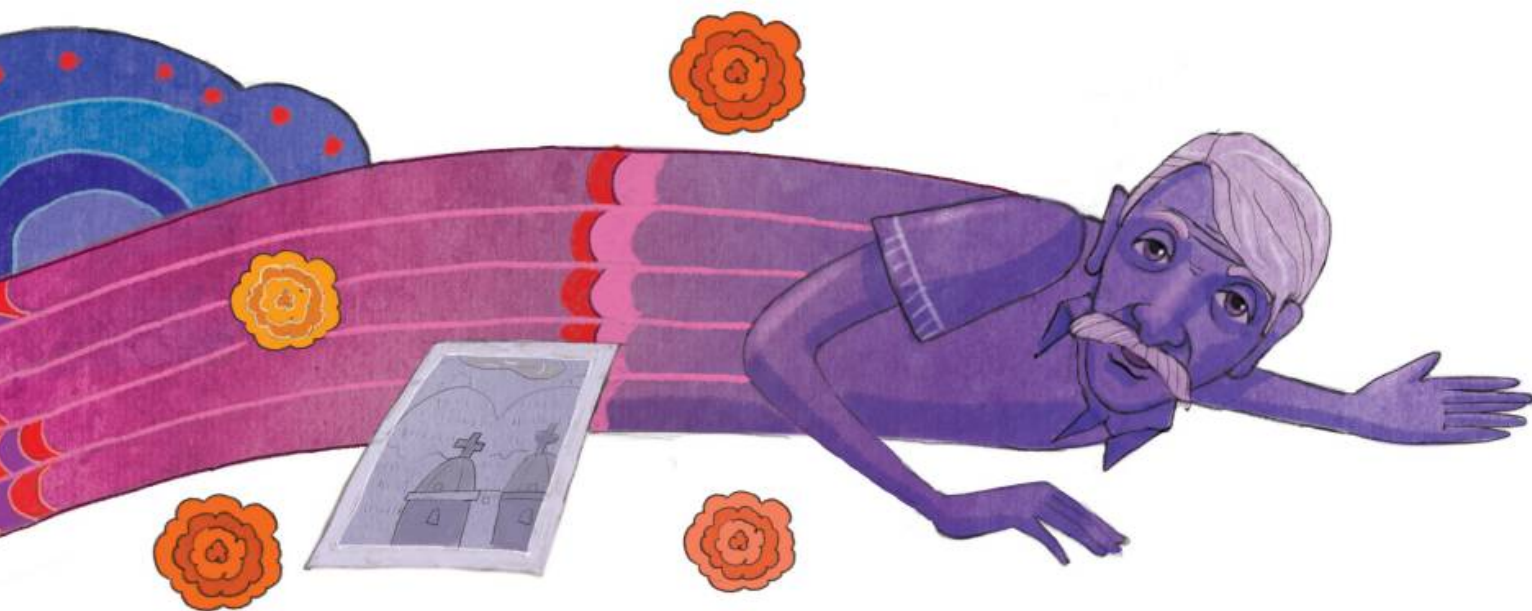
—¿Y por qué les ponen nombres gringos? —preguntó el abuelo.

—¡Porque a mí me gustan! —explicó mi mamá.

De todos modos, el abuelo siempre nos dijo Rosita y Beto.

El abuelo aprendió a vivir sin alma, bueno, con el pedacito que guardaba en “la caja mexicana”, así le decíamos. Sirvió porque cumplió setenta años y seguía con buena salud, vivía en nuestra casa, con la familia de su hijo mayor, o sea mi papá. Aunque una vez al año hacía un viaje para visitar a todos sus hijos. Los de California, Nevada y Minnesota, adonde al final iba a ver a mi tía Luli.

—Es lejísimos pero es bonito —explicó el abuelo mientras cerraba la maleta—. Minnesota tiene un montón de lagos, como Michoacán —ajustó el cierre y me sonrió—: ahí te encargo el barco, capitán.





Así me decía casi siempre que iba de viaje. Yo saludé como marinero.

Pero por desgracia... el barco se hundió.

A ver. Yo no hice nada... bueno, sí, algo. Mejor lo explico desde el principio. Esa semana en la escuela tocó una actividad llamada *Cultural Heritage*. Teníamos que llevar algo para hablar sobre la cultura de donde es originaria nuestra familia. Podía ser cualquier cosa, un sombrero de Vietnam, un pañuelo colorido de Nigeria o hasta un pedazo de papa de Idaho. Yo siempre llevaba a Pepito, mi perro chihuahuero, y explicaba que su raza es originaria de México. No era gran cosa, ¡pero Pepito es muy chistoso! Entonces, se me ocurrió algo increíble.

Llegó el día de la actividad, pasé frente al grupo y expliqué:

—En esta caja guardamos un trozo del alma de mi abuelo —sí, llevé la caja mexicana. Todos me miraron confundidos, curiosos.

La abrí con cuidado y mostré cada uno de los objetos, mientras contaba que mi abuelo trabajó en un cine y fue amigo de artistas y luchadores (tal vez exageré un poquito con eso).

—¿Pero por qué dices que aquí está su alma? —se acercó mi amigo Charlie Zhang, entre otros niños—. Son sólo cosas y fotos.

—Son 21 cosas muy especiales. ¡No las toquen! Si se pierde una moneda o una foto, ¡podría pasarle algo horrible a mi abuelo!

—Supongo que pediste permiso para tomar esta caja —observó el señor Williams, el profesor.

—Claro, me la prestó por un ratito —asegué con voz baja.

En realidad apenas iba a pedirle permiso. Cuando el abuelo volviera de Minnesota, le explicaría que tomé la caja mexicana de su cuarto.

Recibí muchos aplausos. Estaba feliz, ninguna presentación había impresionado como la mía, hasta que pasó Charlie Zhang para exponer su *Cultural Heritage*. Puso en



el escritorio una linterna en forma de dragón y del interior sacó dos esferas plateadas que sacaban humo. Se oyeron exclamaciones.

—Charlie, ¿eso está encendido? —preguntó el profesor—. No puedes traer fuegos artificiales a la escuela.

—Pero son parte de mi cultura —explicó mientras sacaba otra esfera envuelta en papel metalizado. El humo se hacía más espeso y salían chispas.

—Suelta eso, Charlie. ¡Todos fuera del aula! —ordenó el profe Williams.



Niños y niñas comenzaron a gritar mientras avanzaban a la salida. Alguien hizo sonar la alarma.

—No es peligroso, sólo son chispas —aseguró mi amigo.

Pero únicamente se necesitaron un par de chispas para que se incendiara el bote de basura. Entonces ocurrió algo más.

—Espera, Albert, ¡no entres! —me advirtió el profesor.

Y es que otra chispa había saltado hacia mi lugar. ¡A la caja mexicana!

## 2

Sólo se salvaron dos cosas: una bolsa con monedas y el llavero en forma de cazuelita de Santa Clara del Cobre. Todo lo demás estaba dañado o chamuscado: fotos, postales, carteles, la pequeña momia. ¡Casi me desmayo!

Charlie me pidió perdón, se sentía fatal. Creo que pensaba que mi abuelo se iba a desintegrar en ese momento, como en una película.

A toda prisa armé un plan. Nada más tenía que volver a reunir los 21 objetos que había en la caja mexicana. Debía estar todo listo para cuando el abuelo Agustín volviera. ¡Era sencillo!

—¡Qué haces? —me preguntó mi hermana Roselyn cuando me vio buscar fotos viejas en los cajones de la casa.

—Nada, es para... una tarea —escondí la lista.

—Tienes cara de que hiciste algo malo —me miró cerca.

—Y tú tienes cara de que te gusta el chisme —me defendí.

Intenté ser más discreto. Por suerte todavía vendían las *double peanut butter and chocolate chip cookies*, esas galletas de mantequilla de maní y chocolate. Conseguí una caja igualita. Si raspaba los bordes, podría verse antigua. En Internet encontré los









carteles de películas viejísimas, de luchadores, de los rudos hermanos Almada. Imprimí todo a color, hasta unas postales de Pátzcuaro y las recetas de los huchepos. Busqué qué era la charamusca (no era un trozo de momia real, era un dulce de piloncillo) e hice una. Pero faltaban varias cosas y lo más importante: la foto del Cine Encanto, la del Día de Muertos de 1969. En la marquesina anunciaba la película *Macario* y debajo estaban los abuelos, jovencitos; habían estado colocando los altares y ahí se conocieron. De pronto sonó mi celular, ¡era el abuelo Agustín!

—Marinero Beto... ¿cómo va el barco? —preguntó.

—Perfecto —mi voz tembló. Pepito olisqueaba la bolsa con los restos quemados de la caja mexicana original. Lo aparté—. ¿Y tú, abuelo? ¿Estás bien?



—¡Más o menos, traigo ronquera! —tosió—. Tu tía me va a dar un jarabe...

No recuerdo qué más dijo. Me asusté. El abuelo había enfermado, pero no por la caja... ¿o sí? Respiré. ¡Tenía que darme prisa en reunir todo! Ya había revisado todos los cajones de la casa y muchas páginas de Internet... Me di cuenta que debía buscar directamente en... Cerritos de Camécuaro. No en persona, ¡para eso está la tecnología!

Había ido al pueblo dos veces y algunos parientes se rieron de mi español, decían que hablaba como pocho. Pero me llevé bien con mi primo Ramón, tanto que nos juntábamos para jugar videojuegos en línea. Le escribí contándole que necesitaba unas cosas.

“A ver. Espera. No entiendo”, respondió a mi mensaje. “¿Para qué quieres una foto antigua de tu abuelo Agustín?”

“Es para *homework*... tarea”, traduje. “Necesito una imagen de un Día de Muertos, pero afuera del cine antiguo, el Encanto, donde trabajaba”.

“Ah, entonces habla con Trini”, aconsejó mi primo. “Ella sabe todo de ese cine. Oye, ¿vas a venir pronto? ¿Te puedo encargar unos tenis?”

Me despedí de Ramón (le prometí los tenis). Mi primo sólo me mandó el contacto de Trinidad Pérez, Trini, sin explicarme quién era. Le mandé algunos mensajes, fueron cinco o diez... tal vez veinte. Al día siguiente sonó el teléfono.

—Oye, ¿quién te dio mi número? —se oyó la voz molesta de una muchacha muy joven—. No deja de mandarme mensajes un tal Alberto.

—Albert —corregí.

—Ay, ¡perdone usted, don Albert! —su enojo subió de nivel.

Le expliqué que era primo de Ramón y el nieto de Agustín, el primer proyeccionista del Cine Encanto.

—¿Me lo juras? —de pronto ya no parecía tan enojada—. Seguro mi abuela lo conoció. Trabajó muchos años en la dulcería.

Como se oía casi amistosa, le expliqué que necesitaba una foto del cine, pero de un Día de Muertos en que estaba decorado con flores y altares.

—...Y pasaban la película de *Macario* —completó la muchacha.

—¡Sí! ¡Ésa es la foto! —casi grité. ¡Había solucionado el problema!—. ¿Me la prestas?

—Lo dije porque en esas fechas siempre ponían esa película —aclaró Trini—. Yo no tengo nada, aunque en la vieja oficina del administrador del cine hay un montón de carteles y fotos antiguas.





¡Suspiré! Sólo necesitaba que mi nueva amiga (bueno, conocida) fuera a esa oficina y me sacara una copia. Se lo pedí, en realidad se lo supliqué.

—Imposible, el cine está cerrado —reveló.

—¿Y a qué hora lo abren?

—Nunca —explicó tajante—. Tiene sellos de clausura en puertas y ventanas. El municipio quiere tirarlo; por suerte no ha podido por el plantón.

—Oh, debe ser *so big*, grandísima... —a veces me costaba trabajo encontrar palabras en español—. ¿Froncosa?

—¿Qué?

—La planta esa.

—¿No sabes qué es “plantón”? —Trini lanzó una carcajada—. Aquí le decimos así a un montón de gente que protesta por algo y no se mueve de un lugar. Hasta mi abuela ha hecho guardia. El Cine Encanto está rodeado para que no entren las máquinas. El municipio quiere tirarlo para hacer un estacionamiento.

—Eso está bien —reconocí.

—¿Bien? —la voz de Trini estalló—. ¡Ya hay estacionamientos en Cerritos de Camécuaro! ¿Sabes lo que no hay? Edificios tan increíbles como el Cine Encanto. Podría ser una casa de cultura o una biblioteca... Pero, ¿para qué te explico a ti?, si se nota que prefieres los coches...

Y me colgó.

En la cena, mi papá comentó que el abuelo se había enfermado en Minnesota. Mi tía Luli iba a llevarlo con el médico. Mi mamá se preocupó mucho y dijo que ojalá se recuperara pronto para llegar a tiempo de montar la ofrenda de muertos. A escondidas le tuve que dar la mitad de mi bistec a Pepito, ¡se me quitó el hambre del susto!

**E**sa noche desperté asustado. Soñé que mi abuelo volvía de su viaje, pero parecía transparente, como de agua, y al verme decía: “¡Ay, Beto, perdiste mi caja mexicana, la tomaste sin permiso, me quedé sin mi trocito de alma!”

Al día siguiente le mandé un montón de disculpas a Trini, hasta unos memes muy chistosos de gatitos tristes, pero no respondió.

—¿Te peleaste con tu novia? —escuché una voz. Era mi hermana Roselyn.

—No entres a mi cuarto —advertí molesto—. Además, no tengo novia.

—¿Entonces quién era la niña con la que hablabas ayer por teléfono?

¡Claro! Me había escuchado. Mi hermana adora el chisme.





—Es... alguien del pueblo del abuelo, en México —expliqué a toda prisa—. Estoy buscando fotos antiguas para algo de la escuela.

—¿Ya buscaste en la caja mexicana? —Roselyn me miró de manera extraña.

—Sí... pero... esas fotos no me sirven —aseguré nervioso.

—Ah, claro, están chamuscadas —dijo mi hermana, como si nada.

Palidecí. ¿Cómo sabía eso? Entonces, me mostró una bolsa de basura con los restos de la caja original.

—Pepito estaba jugando en la cocina con esto —explicó.

¡Ese perro! Seguro lo sacó de abajo de mi cama. ¡Era el más chismoso de la familia! Iba a decir algún pretexto, pero no pude más y me puse a llorar. Le dije todo a mi hermana: el accidente en la escuela y cómo intentaba replicar la caja para que al abuelo no le faltara alma, ¡ya estaba enfermo!

—No creo que tenga influenza por tu culpa —comentó Roselyn.



—¡Influenza! —repetí asustado—. ¿Y si sí? —saqué de un cajón de mi escritorio la nueva caja—. Ya tengo casi todo, me faltan unas fotos y la más difícil: del cine donde trabajaba el abuelo...

Expliqué lo de Trini, el plantón, y cómo se ofendió porque dije que me parecía bien que tiraran el cine viejo para hacer un estacionamiento.

—Ya le pedí perdón pero no me contesta —suspiré.

—¿Y le ofreciste ayuda? —preguntó mi hermana—. Eso es mejor que una simple disculpa.

No se me había ocurrido. De inmediato mandé otro mensaje y pasaron muchas horas. Estaba casi seguro que no volvería a saber de Trini cuando escuché el sonido de una alerta.

“¿Puedes conectarte hoy en la noche?”. Era un mensaje de Trini. “Pero en videollamada. Quiero verte la cara”.

Me asusté. ¿Verme? ¡Iba a tener que peinarme!







## 4

**D**espués de confirmar los horarios de cada lugar, nos conectamos como a las nueve. Trini era una niña morena, y más bonita de lo que pensé.

—Pero si eres pequeño —dijo al verme.

—¿Qué? ¡Creo que somos de la misma edad! —repliqué—. Sólo me falta dar el estirón, eso dice el abuelo.

Pepito empezó con sus ladridos, como si quisiera saludar y lo mostré a la cámara. A Trini le encantó y me enseñó a su gato: una bola de pelos rojiza que se llamaba Gumersindo. Eso sirvió para relajar el ambiente.



—Bueno, y entonces, ¿cómo vas a ayudarme con lo del Cine Encanto? —pasó directa al tema.

—Puedo dar algo de dinero —era lo único que se me había ocurrido—. Mi papá le manda a su madrina Jovita.

—No, no quiero tu dinero —replicó Trini—. Lo que necesitamos es que más gente se interese en salvar el cine. Aquí apenas somos como veinte.

—Entonces busquemos en este lado —se escuchó una voz.

Miré a todos lados. Claro, ¡era Roselyn! Tan metiche. Estaba escuchándonos desde el pasillo.

—¡No me espíes! Vete a tu cuarto —le pedí con agobio—. Perdón, es mi hermana. Pero Roselyn no se fue, al contrario, entró.



—Lo que digo es que aquí hay mucha gente que viene de Michoacán —siguió—. Hay hasta una asociación que se llama Loving Cerritos de Camécuaro.

—Pero está acá —anoté—. ¿De qué sirve?

—¡De mucho! —replicó Roselyn—. Aunque vivan fuera, siguen siendo parte del pueblo. Desde aquí cooperaron para remozar la parroquia de Cerritos. Además, si nacieron en México pueden votar en elecciones mexicanas, aunque vivan de este lado. Escuché que ya se está planeando eso en el Consulado. Creo que hasta se va a poder votar por Internet.

—Pero ésas son cosas importantes, ¿no? —opinó Trini, pensativa—. No creo que hagan una votación para salvar un cine viejo.

—Bueno, tal vez no una votación —reconoció mi hermana—. Pero sí podemos juntar firmas. La opinión de las personas que están de este lado vale igual que la opinión de las que están en Cerritos de Camécuaro. Pero como vean... es sólo una idea.

—Disculpa a Roselyn —le dije a mi nueva amiga—. Es un poco metiche.

—No, no. Me encanta. ¡Eres súper lista! —le dijo Trini a mi hermana.

Hasta Pepito se puso a ladrar. Lo que me faltaba, ¡ahora todos admiraban a Roselyn!



**E**se fin de semana todos nos pusimos en acción. Trini se encargaría de buscar firmas en el pueblo, mientras que mi hermana y yo haríamos lo mismo en Estados Unidos.

—Uf, tenemos que visitar a muchísima gente —Roselyn revisó sus notas—. Ojalá tuviéramos tiempo y dinero para ir a varios estados.

—Hice esto para que sea más fácil —abrí la computadora portátil y mostré una página que decía: *Saving el Cine Encanto*, donde explicaba en inglés y español que querían demolerlo—. Aquí la gente puede dejar comentarios y sus firmas para salvarlo, desde donde estén. Sólo hay que dar a conocer la página *web*.

—¿Se te ocurrió a ti? —Roselyn me miró incrédula.

—Claro, ¡tampoco soy un inútil! Tengo mis neuronas.

Como sabíamos que mucha gente de Cerritos compraba en la tienda de abarrotes de la tía Carmen, fuimos a pegar algunos volantes.

—Qué bueno que van a hacer un estacionamiento —dijo la tía al enterarse del asunto—. Así podré quedarme cerca del mercado cuando vaya al pueblo.

—¡Pero tu casa de allá está a tres calles del mercado! —recordó mi hermana.

—Yo creo que deberían hacer un centro comercial —opinó su hijo, el Johnny—. ¡Ese cine no me gusta nada de nada!

—¿Conoces el Cine Encanto? —pregunté sorprendido.

—No, ¡pero me encantan los centros comerciales! —explicó.

Empezábamos mal. Esa tarde, en la página *web* apenas había tres firmas, pero no dejaron correo electrónico para verificar, así que no servían, y para colmo mi papá nos dijo que al abuelo lo habían internado en Minnesota. Seguía mal.







Me dieron ganas de llorar. Sentía que todo era mi culpa. ¿Y si no juntábamos ni diez firmas? ¿Qué le iba a decir a Trini?

—No te preocupes, apenas empezamos —recordó mi hermana—. Esto es cosa de tiempo.

Ése era el problema, ¡no había tiempo! Esa noche soñé que iba a Cerritos de Camécuaro y a escondidas entraba al Cine Encanto. Encontraba la oficina del antiguo administrador pero las paredes se rompían, ¡estaban derrumbando el cine! Desperté al oír una alerta del celular. Ya era de mañana. Era un mensaje de Trini, muy contenta porque juntó ochenta y tres firmas. ¿Cómo íbamos nosotros? ¿Y por qué habíamos quitado la página *web* para las firmas?

Corrí a revisar en la compu cuando llegó mi hermana. Se había dado cuenta de lo mismo.

—¿Por qué desapareció *Saving el Cine Encanto*? ¿No que eras muy bueno para eso?

—No sé qué pasó. Estoy mandando un reporte.

Roselyn me vio tan nervioso que dejó de regañarme y se sentó junto a mí.

—Todo va a salir bien —me dio unas palmaditas.

—¿Eso crees?

—También puede salir fatal —reconoció, sincera—. Lo bueno de este asunto es que al fin nos llevamos bien, no peleamos.

—Sí peleamos.

—Bueno, pero lo hacemos por salvar un cine y ayudar a tu novia.

—¡Que no es mi novia! —repliqué.

Mi hermana sonrió para mostrarme que lo decía en broma, me revolvió el pelo. Reconocí que en lo último tenía razón. Me caía mejor.

Una hora después, recibí un correo del sitio *web* donde abrí la página para juntar las firmas. Se disculpaban por lo sucedido, decían algo muy extraño, que por el flujo de visitas, el sitio se cayó por un momento, pero ya habían vuelto a subir la página *Saving el Cine Encanto* con todos los datos reunidos.

—¡Cuatro mil 625 firmas y siguen llegando! —leyó mi hermana, atónita—. Aquí dice que han firmado desde California, Nevada, Nuevo México, Texas, Brooklyn...

—Seguro los de Loving Cerritos de Camécuaro mandaron la dirección de la página a todos los contactos.

Pero lo mejor eran los comentarios de la gente: “¡No pueden tirarlo, ahí iba con mis hermanitos a la matiné, la mejor época”. “El Cine Encanto es precioso. Ahí hicimos la ceremonia de mi graduación de secundaria, nos sentíamos en un castillo”. “Una vez quitaron las butacas y pusieron un ring de lucha libre, ¡fue épico!”. “Mi abuelita siempre me llevaba a ver las películas de Cantinflas, su cómico favorito. ¡Ay, cómo la extraño!”. “Mi hermano mayor me llevó a ver *Hasta el viento tiene miedo*, no dormí del susto esa noche, ja, ja”. “En la primaria hacíamos funciones para juntar dinero con películas del Santo y Blue Demon, ¡qué tiempos!”. “¡Los garbanzos con sal y mantequilla del Cine Encanto!, nunca he probado nada tan increíble”. Y así seguían anécdotas, comentarios, un recuerdo tras otro.

En total se reunieron ¡9,038 firmas!, pero lo más importante fue que mucha gente se enteró de que iban a tirar el viejo Cine Encanto y querían salvarlo. Y tuvieron la misma idea que mi hermana: “¿En qué podemos ayudar?”



## 6

—Fue increíble lo que hicieron —dijo Trini en una videollamada. Estábamos todos, hasta Pepito y Gumersindo.

—¿Ya no van a demoler el cine? —preguntó Roselyn, feliz.

—Sí, lo van a tirar —confesó Trini.

Mi hermana y yo quedamos congelados. ¿Qué?

—Pero no todo —aclaró Trini, sonriendo—. Van a dejar la fachada, las taquillas, la escalinata y una zona de las butacas. Sólo una parte será estacionamiento. Se está formando un patronato con gente de aquí y allá. El plan es poner una casa de cultura y un museo de Cerritos de Camécuaro.

—¿Museo de qué? —pregunté, sorprendido.

—No sé, pero mucha gente está mandando fotos muy chistosas, del pueblo, de cómo era hace diez, veinte o setenta años.

—¿Entonces ya se puede entrar al cine? —salté—. ¡Necesito encontrar la foto!

—La del Día de Muertos, yo la busco, te lo prometo —aseguró Trini.

Escuchamos el ruido de unas garritas. Era Pepito, que estaba rompiendo la caja mexicana (¡la nueva!) para sacar el dulce de charamusca. Se la quité. No podía descuidarme ni un minuto, mi misión aún no terminaba.



**D**os semanas después, llegó desde Minnesota mi abuelo Agustín. Se veía un poco más flaco. Corrí a abrazarlo.

—Tranquilo, capitán —sonrió—. Ya estoy en puerto. Sano y salvo.

—¿De verdad? ¡Estuviste enfermísimo!

—Los viejos somos frágiles —suspiró—. El frío del norte me pegó canijo.

—O tal vez yo tuve la culpa —revelé y el abuelo me miró, confundido. Tragué saliva, era el momento de la verdad.

Fui a mi cuarto por la caja mexicana, que había reparado donde rascó Pepito.

—Perdón, abuelo, sé que era muy importante para ti, perdón... perdí la caja.



—¿Y esto qué es? —el abuelo abrió la tapa.

Una réplica. Le expliqué que la llevé al *Cultural Heritage* de la escuela, donde se incendió, todos los problemas para volver a conseguir lo que había dentro, lo difícil de hacer las charamuscas. Y buscar las fotos, ni se diga.

Entonces el abuelo se puso a reír, divertido.

—¿No estás enojado?! —exclamé—. ¡Pero ahí estaba un pedacito de tu alma!

—Era una forma de decirlo. Así me sentí cuando perdí la nacionalidad mexicana el día que arreglé mis papeles aquí. Por suerte, la ley cambió en 1998 y otra vez pude ser mexicano. ¡Las dos nacionalidades al mismo tiempo! Una vez hasta voté por correo. Incluso tengo mi pasaporte.

—¿Entonces puedes viajar a México?

—Claro, las veces que quiera, y quedarme en el pueblo poquito tiempo... o mucho. Pero ésta también es mi casa. Y cuando extraño a la gente de allá, pues la llamo o veo los tesoros de mi caja —el abuelo revisó los carteles, la charamusca, la postal—. Increíble, ¿replicaste todo esto? Sí que estuviste ocupado. Oye, Beto... ¿por qué lo confesaste? Pudiste haberme engañado... tal vez ni me daba cuenta.

—Lo ibas a notar, falta algo —suspiré—. ¿Te acuerdas de la foto de Día de Muertos? De cuando conociste a la abuela...

Saqué un sobre con fotografías, imprimí los archivos que mandó Trini. Eran imágenes del Día de Muertos de otros años, también de Navidad, de Día de Reyes, siempre con gente afuera del Cine Encanto. El abuelo pasó los dedos sobre ellas, tembloroso, se le pusieron los ojos húmedos.







MUSEO  
DE  
CERRITOS DE CAMÉCUARO

—Estas fotos estaban en una antigua oficina, pero no encontraron la imagen donde estás con la abuela —suspiré derrotado—. ¡Tanto salvamento para nada!

—A ver... muchacho. Espera —el abuelo se limpió una lagrimita—. ¿Eres el que andaba pidiendo firmas en una página para salvar el cine?

—¿Sabes eso?

—Mis conocidos no hablaban de otra cosa. Es increíble lo que hiciste.

—No fui sólo yo, lo hicimos entre Trini y su plantón, y Roselyn que fue la de la idea; dijo que la opinión de la gente que vive aquí también cuenta para decidir cosas en México.

—Entonces debo felicitarlos a todos. Lo que hicieron es histórico.

—Tampoco es gran cosa —me encogí de hombros—. Sólo se va a salvar un pedacito del cine, van a poner una casa de cultura y un museo con fotos.

—No, Albert, no va a ser un simple museo —la mirada del abuelo brillaba de emoción—. El Cine Encanto va a ser como una gran caja mexicana, para todo mundo. Un sitio para guardar recuerdos. No sé a ti, pero a mí me parece genial.

Lo pensé, sí que lo era. Me sentí importante hasta que el abuelo me pasó una escoba y un trapo.

—Es para que hagas el aseo de mi cuarto —explicó—. Lo siento, pero tengo que castigarte por llevarte mi caja mexicana sin permiso. Hijo, ¡eso no se hace! Pero si te das prisa, luego te voy a hacer mi famosísimo arroz con leche. Y tenemos que apurarnos, ya se acerca la fecha en que vamos a montar el altar dedicado a la abuela.

Tomé la escoba y sonreí: sí, ¡al abuelo le quedaba mucha alma mexicana!

PARA REFLEXIONAR Y DIALOGAR



## VOTO EXTRATERRITORIAL

Con el fin de que esta historia resulte significativa, invitamos a las personas adultas cercanas, como maestros y familiares, para acompañar a las y los lectores a disfrutar la historia, dialogar y reflexionar sobre la realidad que aquí se plantea y que, en pequeña escala, presentamos a través de esta narración.

El tema que aborda este relato es por demás importante para nuestra democracia: el reconocimiento de los derechos que tienen las y los ciudadanos mexicanos que viven en el extranjero mediante la historia del abuelo Agustín, el ejemplo de una familia que ya va en su tercera generación de vivir en Estados Unidos.

Pasaron años, los hijos crecieron, el abuelo siguió trabajando, luego de la pisca entró a una empacadora de verduras. Ahí estuvo hasta que se jubiló... Y más tarde llegaron los nietos que ya nacimos de este lado, en California...

La realidad que viven miles de migrantes que nacieron en México manifiesta un fuerte arraigo y una sobrevivencia de vínculos culturales. Es como “un pedazo de mi alma”, dice el abuelo Agustín:

Desconcertado, el abuelo Agustín abrió la caja. Adentro había una foto del día de su boda; otra imagen del pueblo Cerritos de Camécuaro; la receta de los huchepos...; un cartelito de la película del Santo...

Con el tiempo... agregó a la caja más cosas, como un llaverito de Santa Clara del Cobre, una postal del lago de Pátzcuaro, ¡una momia de charamusca! No sé qué era pero se veía como una mano derretida.



Además de la caja de recuerdos, el abuelo parecía tener un paisaje clavado en el corazón:

...Minnesota tiene un montón de lagos, como Michoacán...

El hecho de emigrar implica ya un peregrinar en la lucha por el reconocimiento de derechos en el país de destino, que tiene su paralelismo con el reconocimiento de derechos en el país de origen; es decir, de los derechos como mexicanas y mexicanos. Así, antes de que el voto extraterritorial fuera posible para quienes son connacionales, hubo un proceso que se conoce como de “reconstitución ciudadana” por el cual se canceló la obligación de que las personas que habían emigrado tuvieran que renunciar a la ciudadanía mexicana al adquirir otra nacionalidad.

—Me la quitaron cuando arreglé mis papeles, aquí, en California —es lo que dice—. Hice un examen, firmé un papel, y de pronto ya no era mexicano. En ese tiempo no se podía tener las dos nacionalidades. Sólo era gringo.

Eso fue hace mucho, en el siglo pasado, como en 1991, yo ni había nacido.

—¿O sea que ya no vas a hablar español? —le preguntó entonces la abuela Lulú ese triste día—. ¿Y te vas a volver güero o nativo americano o qué? Yo te veo igual.

—No es eso... Pero ahora para ir a México necesito un pasaporte, ¡como si fuera extranjero! No puedo quedarme mucho tiempo allá, ni comprar una casita en Cerritos de Camécuaro... ¡el pueblo donde nací!

Faltaban varios años para que cambiara la ley y el abuelo Agustín de verdad estaba muy triste, no lo calentaba ni un buen atole. Dicen que a la abuela se le ocurrió algo. Se puso a escarbar cajones, visitó parientes, fue hasta Riverside y San Bernardino... y un día...



Al final, la legislación mexicana abrió legalmente la posibilidad de tener dos nacionalidades o más en 1996, y se aplicó en 1998. Quienes nacieron en México ya no perdían sus derechos de ciudadanía al adquirir otra: “Ningún mexicano de nacimiento podrá ser privado de su nacionalidad”, dice el artículo 37 de nuestra Carta Magna. Con claridad estaba destinado principalmente a las y los mexicanos en Estados Unidos.

Aunque vivan fuera, siguen siendo parte del pueblo.

La restitución de la nacionalidad ha sido sin duda un acto primordial de justicia para las familias como la de este relato, que de algún modo conservan un sentido de pertenencia que las hace ya no solamente contribuir de manera muy importante a la vida económica de las localidades como muy frecuentemente sucede, sino comprometerse con respecto a diversos sucesos que ocurren en su lugar de origen. Por eso Trini dialoga, desde el pueblo michoacano, con Albert que está en California para trabajar por un objetivo común, en apariencia banal pero altamente simbólico: salvar el cine del pueblo.

—Bueno, y entonces, ¿cómo vas a ayudarme con lo del Cine Encanto?  
—pasó directa al tema.

—Puedo dar algo de dinero —era lo único que se me había ocurrido—. Mi papá le manda a su madrina Jovita.

—No, no quiero tu dinero —replicó Trini—. Lo que necesitamos es que más gente se interese en salvar el cine. Aquí apenas somos como veinte.

—Entonces busquemos en este lado —se escuchó una voz.

El nivel máximo de reconocimiento del vínculo afectivo y de interés identitario, más allá de las fronteras, es brindar a quienes emigraron la posibilidad de formar parte de la toma de decisiones.



Así opina Roselyn, nieta del abuelo Agustín, cuando se involucra con su hermano Albert en la defensa del Cine Encanto:

—Bueno, tal vez no una votación —reconoció mi hermana—. Pero sí podemos juntar firmas. La opinión de las personas que están de este lado vale igual que la opinión de las que están en Cerritos de Camécuaro...

Si bien es cierto que las modificaciones legislativas para dar paso al voto extraterritorial fueron una realidad en otros países desde los años cincuenta, en México se dieron hasta el año 2005, cuando se abrió el registro nominal de electores en el extranjero. Así, la primera vez que se activó este derecho fue en los comicios presidenciales de 2006. Los ciudadanos registrados recibían la boleta electoral por correo y la devolvían por el mismo medio con el voto ejercido. Poco después, Michoacán ofreció la posibilidad de sufragio

extraterritorial para la elección a gobernador, gracias a que el Congreso del Estado modificó el Código Electoral de la entidad al agregar un robusto articulado “Del voto de los michoacanos en el extranjero”; se abrió así, para la ciudadanía michoacana, la posibilidad de participar por la vía postal en los comicios para gobernador. Lo recuerda el abuelo Agustín:



Por suerte, la ley cambió en 1998 y otra vez pude ser mexicano. ¡Las dos nacionalidades al mismo tiempo! Una vez hasta voté por correo. Incluso tengo mi pasaporte.

—¿Entonces puedes viajar a México?

—Claro, las veces que quiera, y quedarme en el pueblo poquito tiempo... o mucho. Pero ésta también es mi casa. Y cuando extraño a la gente de allá, pues la llamo o veo los tesoros de mi caja.



Roselyn, como joven mexicana nacida en Estados Unidos, muestra estar interesada e informada sobre los derechos de sus connacionales:

Además, si nacieron en México pueden votar en elecciones mexicanas, aunque vivan de este lado. Escuché que ya se está planeando eso en el Consulado. Creo que hasta se va a poder votar por Internet.

Según el censo de 2010, en Estados Unidos se reconocían 11 millones de mexicanos que emigraron y ocho millones más descendientes de mexicanos nacidos allá: un total de 19 millones. El relato que aquí presentamos da cuenta de una muy amplia red de familias provenientes, por ejemplo, de Michoacán como uno de los cinco estados con mayor población migrante en el país norteamericano. Por eso, cuando Albert y Roselyn emprendieron la campaña de juntar firmas para impedir que demolieran el Cine Encanto, obtuvieron una muy nutrida respuesta:

—¡Cuatro mil 625 firmas y siguen llegando! —leyó mi hermana, atónita—. Aquí dice que han firmado desde California, Nevada, Nuevo México, Texas, Brooklyn...

—Seguro los de Loving Cerritos de Camécuaro mandaron la dirección de la página a todos los contactos.

Ciertamente, las comunidades mexicanas en el extranjero, en particular en Estados Unidos, desarrollan muchos matices en sus vínculos culturales con las formas de organización social y política en nuestro país. Pero más allá de estas dinámicas, el Estado mexicano tiene la obligación de brindar a estas comunidades opciones de participación en procesos electorales.



Actualmente, se están instrumentando medidas para que en las próximas elecciones federales sea posible ejercer el voto presencial en algunos consulados, o bien el voto virtual por plataformas de Internet. El esfuerzo que con este objetivo encabeza el Instituto Nacional Electoral es para concretar este derecho consagrado en nuestra Constitución y en las leyes que de ella emanan.

—Lo que digo es que aquí hay mucha gente que viene de Michoacán —siguió—. Hay hasta una asociación que se llama Loving Cerritos de Camécuaro.

—Pero está acá —anoté—. ¿De qué sirve?

—¡De mucho! —replicó Roselyn—. Aunque vivan fuera, siguen siendo parte del pueblo. Desde aquí cooperaron para remozar la parroquia de Cerritos. Además, si nacieron en México pueden votar en elecciones mexicanas...

Queremos que este relato sobre las y los mexicanos cuya circunstancia de vida los ha llevado a radicar fuera del país sensibilice a nuestra niñez, como parte de su formación ciudadana encaminada al fortalecimiento de nuestra democracia, para que contemple que los connacionales que están fuera del territorio nacional también configuran nuestro México y, por tanto, cuentan con derechos que deben ser respetados.

*EL CINE ENCANTO*

Se utilizó la familia tipográfica Bembo Std.



ÁNGEL CAMPOS se formó en la Escuela Nacional de Artes Plásticas de la UNAM (ahora Facultad de Artes y Diseño), como licenciado en Diseño Gráfico. Ha colaborado en los despachos de diseño Tané Arte y Diseño, Kimera, de Rocío Mireles y de Gabriela Rodríguez, así como en las siguientes editoriales e instituciones: Libros del Rincón, Sitesa, Universidad Panamericana, Castillo-Macmillan, SM, Altea, Diagrama, Santillana, Alfaguara, Nuevo México, Planeta, Progreso Edelvives, Anglo Digital, El Arca, Random House Mondadori, Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal y Fundación Televisa. También ha participado en las revistas *Expansión*, *Balance*, *Manufactura*, *Entrepreneur*, *Escala*, *Vuelo* de Mexicana de Aviación, *Istmo*, *Abogados*, *Complot*, *El Nuevo Inversionista*, *Nexos*, *Max*, *Celular*, *Alto Nivel* y *Pronatura*. Colaboró con instituciones gubernamentales: Secretaría de Educación Pública, gobierno de Campeche, Conafe y Universidad Abierta y a Distancia de la Ciudad de México, además de disqueras como Sony Music. Fue seleccionado en varios catálogos de ilustradores de la FILIJ y en la Muestra Internacional de Ilustradores Infantiles Sueños de Papel, que organiza el Museo Trompo Mágico del Gobierno de Jalisco.

Cuenta con una exposición en el Centro Cultural Mexiquense.



Beto ha perdido algo muy valioso para su abuelo Agustín, que vive en el extranjero. Su hermana y una amiga lo ayudan a recuperarlo, al tiempo que convocan a otras personas —que también están fuera del país— para ejercer sus derechos y expresar su opinión con el fin de rescatar el famoso Cine Encanto, que está a punto de desaparecer.

Este volumen forma parte de la colección **Árbol**, cuyo objetivo es contribuir a la cultura ciudadana de niñas, niños y personas adolescentes, a través de atractivas historias que motiven a la reflexión y participación en la sociedad.